

puesta ya en tela de juicio por los gramáticos antiguos <sup>1</sup>); é indudablemente es apócrifo el dirigido contra Alcibiades, en el cual el orador proponía que el citado estadista fuera desterrado en lugar de Andócides. Aunque fuese auténtico, los pormenores que conocemos del destierro de Alcibiades acusarían la imposibilidad de que tal discurso fuera de Andócides; pudiera, pues, atribuirse, como lo hace un crítico moderno <sup>2</sup>), á Feax, el cual compartió en la citada ocasión con Alcibiades, el peligro del ostracismo; pero lo mismo el fondo que la forma del discurso, demuestran de modo irrefragable que es simple imitación de un retórico posterior <sup>3</sup>).

Entre los oradores incluidos por los gramáticos antiguos en la célebre lista de los *Diez*, Andócides es el de menos talento y estudio <sup>4</sup>). Sus discursos no revelan ni gran habilidad en la manera de tratar los importantes asuntos á que se refieren, ni la precisión en el enlace de los pensamientos que caracteriza á los demás escritores de aquella época. Sin embargo, deben computársele como méritos estimables, el haberse emancipado del amañamiento en que cayeron distinguidos ingenios de su tiempo, y una cierta vivacidad natural que diferencia su estilo del demasiado severo de Antifon y Tucídides <sup>5</sup>).

<sup>1</sup>) [En la *Hipótesis* se dice para terminar: ὁ δὲ Διονύσιος νόσον εἶναι λέγει τὸν λόγον, lo cual se refería indudablemente á Dionisio de Halicarnaso.]

<sup>2</sup>) Taylor, *Lectiones Lysiaca*, c. 6, que Ruhnken y Valckenaer no han combatido.

<sup>3</sup>) Según Meier, *De Andocidis quae vulgo fertur oratione in Alcibiadem*; en una serie de programas de la Universidad de Halle. [Coleccionados hoy en el tomo 1 de sus *Opuscula*. Plutarco menciona un discurso de Feax contra Alcibiades, *Vita Alcib.*, c. 13.]

<sup>4</sup>) Es extraño que *Cricias* no haya sido incluido entre los diez, y quizá fué de ello causa, el pertenecer él al gobierno de los Treinta. Véase el cap. XXXI. [La razón alegada para explicar la exclusión de *Cricias* del número de los diez oradores atenienses, apenas es admisible, si se considera que esta selección se hizo en tiempos de Augusto y aun puede atribuirse con probabilidades de acierto á Cecilio. Según Filóstrato, *Vitae Sophist.*, 2, 1, 35, Herodes Ático fué el que posteriormente elevó á *Cricias* á aquel rango. Es muy de notar la circunstancia de que Aristóteles no tomó para su *Retórica*, ejemplo alguno de Antifon ni de Andócides.]

<sup>5</sup>) La ἀντικειμένη λέξις predomina también en Andócides, pero libre de toda tendencia á la simetría en la expresión.

## CAPÍTULO XXXIV

### La historiografía política de Tucídides.

Tucídides, ateniense del demo de Alimonta, nació hacia el año 2 de la 77.<sup>a</sup> Olimpiada, nueve años después de la batalla de Salamina <sup>1</sup>). El nombre de Oloro ú Orolo <sup>2</sup>) que llevó su padre, es de origen tracio, si bien Tucídides nació ateniense; su madre Hegesipile, llevaba el nombre de la esposa tracia del gran Milciades, vencedor en Maraton, y por ella Tucídides estaba emparentado con la gloriosa familia de los Filaidas. Desde Milciades el Antiguo, que habiendo abandonado á Atenas gobernada por los Pisistrátidas, fundó un reino en el Quersoneso tracio, esta familia había sostenido fuerte alianza con los pueblos y príncipes de la dicha comarca; Milciades el Joven, el vencedor de Maraton, había contraído matrimonio con la hija de un rey de Tra-

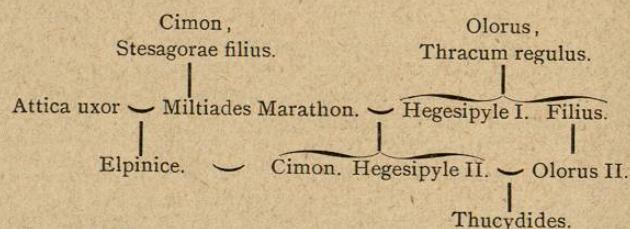
<sup>1</sup>) Según la conocida noticia de Panfila, literata del tiempo de Neron, en Gellio, *Noct. att.*, 15, 23. De ello, por lo menos, no puede dudarse, pues que el mismo Tucídides, 5, 26, dice que contaba muy buena edad para observar bien la guerra del Peloponeso, lo cual podía decir con razón refiriéndose á los años 40 á 67 de su vida. La ηλικία para el servicio militar era otra ciertamente; pero los antiguos consideraron que la edad más apropiada para los trabajos literarios era la edad madura, á diferencia de nosotros, que estimamos la juventud la más apropiada. [Según Krüger, *Untersuchungen über das Leben des Thukydides*, p. 9 y ss., y su *Epikritischen Nachtrag*, p. 8 y ss., Tucídides nació en la 80.<sup>a</sup> ú 81.<sup>a</sup> Olimpiada; mientras Ullrich en sus *Beiträge zur Erkl. und Krit. des Thukydides*, 2, 1, p. 64, nota 131, afirma que al comenzar la guerra peloponense, el gran historiador contaba de 28 á 30 años. Todos los cálculos sobre la edad de Tucídides descansan en la ἀκμὴ del mismo, que según Apolodoro coincidió con los comienzos de la guerra del Peloponeso. Véase Diels, *Rhein. Museum*, volumen 31, p. 48 y 49.]

<sup>2</sup>) [La forma Orolo que Müller prefiere, no tiene otra garantía que el dicho de Marcelino, 16, 17, el cual se apoya en la autoridad de un epitafio leído por Didimo; el mismo Tucídides, 4, 104, escribe Oloro. Véase M. Schmidt, *Didymi fragm.*, pág. 322 y 323.]

cia llamado Orolo, y de esta unión nacieron Cimon y la joven Hegesipile; esta última casó luego con otro Orolo, verosíblemente nieto del Rey, á quien su parentesco con Milciades valió el derecho de ciudadanía en Atenas, y de este matrimonio fué hijo Tucídides <sup>1)</sup>.

Como se ve, Tucídides era de familia ilustre, poderosa y rica, sobre todo en Tracia. El mismo historiador poseía minas de oro en aquel país, en Scapte-Hyle, comarca donde, según los atenienses, halló Filipo los medios de cimentar su poderío entre los griegos. Estas posesiones ejercieron gran influencia en la suerte de Tucídides, especialmente en su destierro de Atenas, respecto de cuyo suceso nos da él mismo los más exactos pormenores <sup>2)</sup>. En el octavo año de la guerra peloponense (1 de la 89.<sup>a</sup> Olimpiada, 423 a. Chr.), el general espartano Brásidas quiso apoderarse de Amfópolis, en el Strimon. Tucídides, hijo de Orolo, se hallaba á la sazón en aguas de la isla de Tasos, con una flotilla de siete naves, cuyo mando superior había obtenido según todas las probabilidades por haberse distinguido anteriormente en otros cargos militares de inferior categoría. Brásidas temió á esta pequeña flota al saber que su comandante poseía en el país minas de oro y ejercía gran autoridad sobre los hombres más influyentes de la comarca, todo lo cual había de facilitarle grandemente el reclutamiento de tropas auxiliares para socorrer la ciudad; en tal estado Brásidas

<sup>1)</sup> Combinando las noticias de Marcelino, *Vita Thucydidis*, y de Suidas con los datos históricos conocidos, que es el mejor partido que puede adoptarse, resultará la genealogía siguiente:



[Esta misma tabla genealógica, con algunos fundamentos más sacados en parte de O. Müller, es la que da Roscher, *Leben, Werk und Zeitalter des Thucydidas*, p. 90 y 91. Classen, por el contrario, (Introducción, p. XIII), supone que otra hija del rey Orolo, hermana de Hegesipile, la esposa de Milciades, había estado casada con un ciudadano ateniense, y que Orolo, el padre de Tucídides, era hijo de este matrimonio.]

<sup>2)</sup> Tucídides, 4, 104 y ss.

concedió á la guarnición de Amfópolis una capitulación bastante más ventajosa de la que podían esperar, con objeto de apoderarse de la población lo antes posible; y Tucídides, habiendo llegado demasiado tarde para salvar ciudad tan importante, tuvo que contentarse con defender á Eion, aldea fortificada de la costa. Los atenienses, acostumbrados á juzgar á sus generales y estadistas pura y simplemente por los resultados de las medidas por ellos adoptadas, condenaronle por haber faltado á su deber <sup>1)</sup>; y obligado entonces á expatriarse, permaneció alejado de Atenas veinte años, habitando de ordinario en Scapte-Hyle. Sin aprovechar siquiera para abandonar el destierro la amnistía otorgada en virtud de la paz entre Atenas y Esparta, sólo regresó á su patria cuando restaurada la libertad por Trasibulo, fué llamado por un plebiscito especial á Atenas <sup>2)</sup>. Allí, según acredita su *Historia*, vivió algunos años; si bien no tantos como su edad y compleción robusta podían hacerle aguardar. De aquí que sea perfectamente creíble la noticia de que perdió la vida á manos de un asesino <sup>3)</sup>.

De estas noticias biográficas de Tucídides se desprende que el gran historiador no pasó más que la edad de la juventud, hasta los cuarenta y ocho años, entre sus compatriotas de Atenas. Más tarde pudo ponerse en contacto con otros pueblos de la Grecia, y

<sup>1)</sup> Verosíblemente la acusación contra él era una *γραφὴ προδοσίας*. [Hoy mismo están divididas las opiniones en punto á si Tucídides fué ó no inocente. Esto último creen Grote, *Hist. of Grec.*, vol. 6, p. 565; y Oncken, *Athen und Hellas*, vol. 2, p. 319; y lo contrario, E. Curtius, *Griechische Geschichte*, vol. 2, p. 445, 750; H. Hiecke, *Der Hochverrat des Geschichtschreibung Thucydides*, Berlin, 1869, y Classen, *Anh. zu Thucydides*, 4, 106.]

<sup>2)</sup> [Como autor del mismo cita Pausanias, 1, 23, 9, cuya fuente parece haber sido en este punto la obra del periegete Polemon, á un cierto Oinobio.]

<sup>3)</sup> Hemos pasado en silencio pormenores dudosos y de escasa importancia, así como también errores manifiestos que se hallan en las antiguas biografías del historiador, y originados en su mayoría por haberse confundido á aquel con el célebre estadista Tucídides, hijo de Melesias. [No puede determinarse con exactitud el año en que murió Tucídides, y sólo puede calcularse aproximadamente, tomando para ello como base la mención que en el libro 3, 116, hace de la erupción del Etna, verificada en 426 a. Chr., y que fué la tercera de que se tiene noticia; parece, por otra parte, que Tucídides no conoció la del año 396, de que habla Diodoro, 14, 59. Los argumentos aducidos por R. Schöll en su *Zur Thucydides Biographie*, en el HERMES, vol. 13, p. 433 y ss., no permiten dudar de que la tumba de Tucídides estuvo en Atenas y de que, por consiguiente, murió en la misma ciudad.]

él mismo celebra la ocasión que le proporcionara el obligado destierro, de entablar relaciones aun con los peloponenses y recibir de ellos noticias exactas <sup>1)</sup>; pero entonces quedó completamente apartado del movimiento intelectual de Atenas y por entero ajeno á las transformaciones realizadas al mediar y al terminar la guerra del Peloponeso. Así, cuando regresó á su patria, encontróse con otra generación de gustos y tendencias completamente distintos <sup>2)</sup>, con los cuales, hallándose ya él en la edad madura, había de serle muy difícil familiarizarse hasta el punto de cambiar también su propio carácter é inclinaciones. Tucídides, por consiguiente, era discípulo de la antigua Atenas, de la Atenas de Pericles; pues no sólo su educación tenía sus raíces en aquel período, el más floreciente de la gran República, sino que sus opiniones políticas fueron las mismas que Pericles inculcaba al pueblo ateniense. Su oratoria, además, recuerda por una parte la energía natural y espontánea de la elocuencia de Pericles, y por otra, la severidad del estilo arcáico que caracterizaba la escuela de Antifon <sup>3)</sup>.

Como historiador, se asemeja tan poco á los logógrafos jónicos, cuya serie preside Heródoto, que con él comienza un género completamente nuevo de la historiografía. Conoció las obras de varios de aquellos jonios, aunque es dudoso si conoció también las de Heródoto <sup>4)</sup>; no las menciona, sin embargo, sino para tildarlas de faltas de crítica, de fabulosas y de destinadas más á recrear que á enseñar <sup>5)</sup>. Los estudios de Tucídides hay que buscarlos en la tribuna pública, en las Asambleas y en los tribunales

<sup>1)</sup> Tucídides, 5, 26.

<sup>2)</sup> Véase más adelante el capítulo XXXV, sobre Lisias.

<sup>3)</sup> Wyttenbach, reconociendo las relaciones entre Pericles y Tucídides, observa en el *Praefatio ad Eclogas historicas: Thucydides ita se ad Periclis imitationem composuisse videtur, ut, quum scriptum viri nullum exstet, eius eloquentiae formam effigiemque per totum historiae opus expressam posteritati servaret*. Respecto de las teorías de Antifon, véase el cap. XXXIII.

<sup>4)</sup> Las alusiones á Heródoto que han querido encontrarse en los pasajes 1, 20. 2, 8, 97, no son muy claras. En la historia del asesinato de Hiparco, que Tucídides relata dos veces, para corregir los errores de sus contemporáneos, 1, 20. 6, 54—59, Heródoto casi se muestra enteramente de acuerdo con él, y libre de aquellas falsas opiniones. Véase Heródoto, 5, 55. 6, 123. Tucídides habría escrito cosas bien distintas si hubiera conocido ya la obra de Heródoto, singularmente los pasajes 1, 74 y 2, 8. Véase el cap. XIX de esta obra.

<sup>5)</sup> [Véase especialmente 1, 97.]

de justicia de Grecia; en todos los cuales tienen sus raíces lo mismo el fondo que la forma de su *Historia*. Mientras que los historiadores que le precedieron se dedicaban á describir lo que podía hablar á los sentidos, las condiciones de las varias comarcas, las cualidades de los pueblos, los monumentos, las expediciones militares, deduciendo de todo ello la existencia de un *demonium* de omnipotente influencia sobre los destinos de los príncipes y de las naciones: lo que sobre todo llama la atención del gran historiógrafo ateniense es la *acción humana*, como resultado del carácter y de la situación del individuo, y su influjo sobre las condiciones del mundo en general. En armonía con esto, en su obra hay una sola y única acción: es un verdadero *drama histórico*, un gran litigio en el cual son partes las Repúblicas beligerantes, y la hegemonía de Atenas la cosa litigiosa. Es muy digno de tenerse en cuenta que Tucídides, creador de este linaje de historia, fué al mismo tiempo, de todos cuantos después siguieron sus pasos, el que más clara y vigorosamente concibió y estableció el carácter del nuevo género. Su obra no es en modo alguno la historia de Grecia durante la guerra del Peloponeso, sino pura y simplemente la historia de esta guerra; de aquí que no hallara cabida en su libro cuanto de las relaciones internacionales y la situación política interior de los Estados, no tuviese conexión directa con la lucha por la hegemonía, y sí todo cuanto afectaba á cualquiera comarca de la Grecia, con tal de que tuviera alguna afinidad con la dicha guerra. Desde los comienzos, Tucídides vió en la guerra peloponense un gran acontecimiento histórico que no podría terminar sin antes decidir si Atenas había de ser una gran potencia, ó quedar reducida á simple República griega rodeada de otras muchas igualmente libres y poderosas. Ni podía ocultársele que la paz de Nicias, ajustada á los diez años de lucha, no había puesto á la guerra fin definitivo; que aquélla no era otra cosa que un armisticio indeciso y mal observado, y que las hostilidades se reanudaban tarde pero con más fuerza y encono con la expedición á Sicilia. Con el celo del propio interés y con toda la fuerza de la verdad, demuestra el autor que no fueron estas sino etapas de una misma y sola guerra, y que la paz no había sido verdadera paz <sup>1)</sup>.

La distribución de la materia y el orden de exposición de la

<sup>1)</sup> Tucídides, 5, 26.

misma, son en la obra de Tucídides, lógicas consecuencias de la idea que el autor se había formado del asunto. La guerra, regulada, aún más entre los griegos que entre nosotros, por las estaciones del año, está dividida en veranos é inviernos; durante el verano se combatía, y los inviernos se consagraban á los armamentos y negociaciones. Como los griegos no tenían una era común, y el calendario de cada comarca estaba dispuesto con arreglo á ciclos particulares con denominaciones diferentes, para los datos cronológicos el historiador toma por norma la sucesión de las estaciones y el estado de la tierra de labor, el cual se tenía también á menudo en cuenta para las empresas militares; indicaciones como la de «cuando el trigo echaba la espiga», ó «cuando el trigo había granado»<sup>1)</sup>, tienen la precisión necesaria para dar clara idea de la conexión de los acontecimientos. Al relatar las campañas, Tucídides procura describir seguidamente y sin interrumpir el hilo de la narración, las empresas terrestres ó marítimas; prefiriendo quebrantar el orden cronológico, á fin de anticipar algún suceso ó dejar otro para más adelante, antes que distraer y confundir al lector con interrupciones frecuentes; y si acontecimientos de larga duración, como los asedios de Potidea y de Platea, se hallan relatados en diversos pasajes de la obra, consecuencia necesaria es de la naturaleza de las cosas. Por otra parte, hay que convenir en que no habría podido hacerlo de otro modo, ni aún renunciando á la división de veranos é inviernos<sup>2)</sup>. Un acontecimiento como el sitio de Potidea no podía ser relatado con la claridad necesaria, sin antes dar noticia completa de la situación respectiva de las partes beligerantes que quitaba á los sitiados toda esperanza de ser socorridos. En ningún pasaje de la obra de Tucídides, fatigarán la atención del lector frecuentes interrupciones en el relato de un mismo suceso: la narración del acontecimiento más importante de toda la guerra y el que mayor interés inspira, la expedición contra Sicilia, con tanta felicidad comenzada y tan fecunda en desgracias para los atenienses, sólo está interrumpida por escasas y breves digresiones<sup>3)</sup>.

<sup>1)</sup> περί ἐκβολῆν σίτου, ἀκμάζοντος τοῦ σίτου y otros.

<sup>2)</sup> Esto justifica al historiador de las censuras que le dirige Dionisio, *De Thucydide iudicium*, c. 9, p. 816 de Reiske. Para juzgar bien á Tucídides, faltaba á Dionisio lo principal: el amor entusiasta á la verdad, que caracterizaba á los antiguos.

<sup>3)</sup> El relato de estos acontecimientos está felizmente combinado con el de la

Toda la obra, si estuviera acabada, se dividiría en tres partes próximamente iguales: I. La guerra hasta la paz de Nicias, que recibió el nombre de arquidámica de las incursiones de los espartanos al mando de Arquidamo; II. El constante desasosiego de los Estados griegos después de la dicha paz y la expedición contra Sicilia; III. La reanudación de las hostilidades con el Peloponeso, lucha denominada por los antiguos «guerra de Decelea», hasta la ruina de Atenas. Según la división en libros, no ciertamente hecha por Tucídides sino por antiguos gramáticos<sup>1)</sup>, la primera parte comprende los libros II, III y IV; la segunda, los libros V, VI y VII; de la tercera, Tucídides no terminó más que un solo libro: el octavo<sup>2)</sup>.

Volviendo á la distribución que el gran historiador hizo de sus materiales y al plan que desarrolló en su obra, examinaremos muy singularmente el libro primero, cuya disposición depende menos del asunto mismo, que de las ideas particulares del historiador. Tucídides comienza por sostener que la guerra peloponense es el acontecimiento más importante de que el hombre guarda memoria, y lo demuestra con una ojeada retrospectiva sobre la historia antigua de Grecia, sin olvidar las guerras médicas: recorre los tiempos primitivos, las vicisitudes de la guerra de Troya, los siglos siguientes, por último las luchas con los persas; y prueba que ninguna de estas memorables empresas ha exigido los esfuerzos y sacrificios hechos en la guerra del Peloponeso, porque los griegos carecían entonces de dos elementos importantes que sólo adquirieron más tarde en gran medida: el dinero y el poderío marítimo<sup>3)</sup>. Como se ve, Tucídides demuestra históricamente la máxima que Pericles había inculcado prácticamente en la conciencia de sus compatriotas: la de que el dinero y las naves, y no el territorio ni la población, debían formar la base de su poderío. La misma guerra del Peloponeso probaba, en su concepto, la verdad de esta máxima; porque los peloponenses, no obstante su superioridad en extensión de territorio y en número de ciudadanos, llevaron la peor parte en la lucha contra Atenas

expedición á Sicilia; véanse, por ejemplo, el estado de Atenas á consecuencia de la ocupación de Decelea, y las crueldades cometidas en Micaleso por los mercenarios tracios (7, 27—30).

<sup>1)</sup> [Véase Marcelino, § 57.]

<sup>2)</sup> [Véase más adelante la pág. 360 y el final del capítulo.]

<sup>3)</sup> χρήματα καὶ ναυτικόν.

hasta que, en la alianza con Persia, encontraron ricos tesoros y con ellos una flota considerable <sup>1)</sup>). Después de mostrar, mediante esta comparación, la grandeza del asunto y de dar ligera idea de su manera de escribir la historia, entra á tratar de las causas de la guerra, las cuales divide en inmediatas ó públicas, y remotas ó tácitas <sup>2)</sup>). Son las primeras las diferencias surgidas entre Corinto y Atenas, sobre Corcira y Potidea, y las quejas con este motivo formuladas por los corintios en Lacedemonia, las cuales movieron á los lacedemonios á declarar que Atenas había roto la paz. Las segundas radican en el temor que inspiraba el creciente poderío ateniense, el cual obligaba á los lacedemonios á emprender la guerra si habían de conservar la libertad del Peloponneso. De esta suerte, el historiador llega como por la mano á mostrar el crecimiento de este poderío y á bosquejar á la ligera todas las expediciones militares y medidas políticas que habían convertido á Atenas, antes simple directora y guía de los griegos de las islas y de Asia durante la guerra con los persas, en soberana de todo el Archipiélago y de todo el litoral. Si relacionamos estas observaciones sobre las causas de la guerra con la parte precedente, veremos claro que Tucídides se proponía dar al lector un breve resumen de toda la historia de Grecia, por lo menos de lo que á él se le antojaba más importante: del desarrollo de la riqueza y del poder marítimo, á fin de familiarizarlo con cuanto podía tener alguna influencia en el gran drama de la guerra peloponense, y darle á conocer la situación y carácter de los diversos Estados que desempeñaban algún papel en la lucha. Ahora bien: como Tucídides concentra toda su atención y cuidado en la descripción de la guerra, y como no se contenta con enumerar las causas para que sean superficialmente conocidas, sino que quiere hacer comprender su índole y esencia, al relatar los sucesos precedentes, los ordena con arreglo á ciertas ideas generales, sacrificando en consecuencia la cronología, según la cual la causa remota de la guerra, que no era otra que el peligroso acre-

<sup>1)</sup> El juicio de Tucídides es á todas luces justo, tratándose de una política que, como la de Atenas, quería basar la grandeza y poderío del Estado en la dominación de las costas mediterráneas; por el contrario, los Estados que se engrandecían sometiendo extensos continentes antes de aspirar á la soberanía de las costas, como lo hicieron Macedonia y Roma, tenían por base de su poder γῆν καὶ σώματα, y luego adquirían naturalmente χρήματα καὶ ναυτικόν.

<sup>2)</sup> αἰτίαι φανεραὶ — ἀφανεῖς.

centamiento del poderío ateniense, habría debido seguir inmediatamente al recuerdo de la debilidad de la Grecia en los tiempos antiguos, expuesto en la primera parte.

También en la tercera parte del libro primero, que contiene las negociaciones sostenidas por los Estados aliados del Peloponneso entre sí y con Atenas, y las cuales determinaron la ruptura de las hostilidades, se descubre el propósito algo velado del historiador, de dar al lector idea clara de los sucesos anteriores, causas del estado en que á la sazón se hallaba la Grecia, y muy especialmente del poderío de Atenas. En el curso de estas negociaciones, los atenienses exigen de los espartanos, entre otras cosas, que se justifiquen del crimen que habían cometido haciendo morir á Pausanias en el templo de Palas; con este motivo refiere el historiador la empresa criminal y la muerte de aquel caudillo, relacionando luego con todo ello, á guisa de episodio, las últimas aventuras de Temístocles. Ciertamente que el hecho de haberse hallado complicado Temístocles en la muerte de Pausanias, no alcanza á justificar la inserción en este sitio de dicho episodio; pero era propósito y deseo de Tucídides narrar hasta las vicisitudes más insignificantes de la vida del hombre que había colocado los cimientos del poderío marítimo y de la política de Atenas, para rendir de paso el debido tributo á la memoria de aquel genio <sup>1)</sup>).

Basta lo expuesto para formarse idea del plan y carácter de la obra. Examinemos ahora de qué manera ha tratado el historiador el asunto de la misma. La *Historia* de Tucídides no es una compilación hecha sobre otros libros, si no que está directamente sacada de los hechos, de las observaciones del autor y de la tradición oral; es la primera relación escrita de acontecimientos presenciados por el mismo Tucídides ó realizados en su tiempo, y ostenta el sello de la frescura y de la verdad que sólo puede llevar impreso una obra de este género. Según él mismo asegura <sup>2)</sup>), previendo qué clase de guerra iba á encenderse, comenzó á recoger sus notas al mismo tiempo que la lucha empezaba; continuó describiendo los acontecimientos á medida que se realizaban á su vista ó los conocía, no sin gran trabajo y gastos, por informaciones precisas y fidedignas de personas militantes

<sup>1)</sup> Esto último lo hace Tucídides en I, 138.

<sup>2)</sup> I, I. ἀρχαίμενος εὐδύς καθισταμένου.

tes en ambos partidos <sup>1)</sup>; y trabajó en la redacción de su obra, primero en Atenas, antes de su destierro, y luego en Scapte-Hyle, donde mucho tiempo después se enseñaba aún el plátano bajo el cual solía escribir el gran historiador <sup>2)</sup>. Sin embargo, cuanto Tucídides escribió durante la lucha no era sino un trabajo preparatorio, perfectamente comparable con nuestras «Memorias» <sup>3)</sup>; pues sólo después de la guerra, y hallándose ya en su patria, comenzó el historiador á ordenar los materiales <sup>4)</sup>. Tal se desprende, bien de las numerosas alusiones á la duración, encadenamiento de los sucesos y término de la lucha <sup>5)</sup>, bien más particularmente, de que la obra quedó sin concluir. De todo ello, fuerza es deducir que los datos recogidos por Tucídides durante la guerra y que alcanzaban necesariamente hasta la rendición de Atenas á los lacedemonios, no eran bastante completos para llenar las lagunas de la obra. Es también perfectamente creíble la noticia de que el octavo libro de la *Historia*, tal y como ha llegado hasta

<sup>1)</sup> Tucídides, 5, 26, 7, 44. Véase Marcelino, § 21.

<sup>2)</sup> [Naturalmente, se trata aquí de una de tantas leyendas como en la antigüedad se tejían sobre todos aquellos lugares que habían servido de morada á grandes hombres. Plutarco, *De exilio*, cap. 14, sólo habla del largo tiempo que Tucídides consagraba á escribir en Scapte-Hile; solo Marcelino, 5, 13, habla del plátano.]

<sup>3)</sup> ὑπομνήματα, *Commentarii rerum gestarum*, dicen los antiguos.

<sup>4)</sup> [La opinión de que Tucídides no redactó su obra de una vez y sin interrumpir el trabajo, sino por partes y mediando entre la composición de cada una de ellas bastante tiempo, ha encontrado un defensor hábil en Ullrich. Según él, Tucídides debió considerar terminada la primera guerra llamada de Arquidamo, que el mismo historiador, 5, 20, 24, señala como τὸν πρῶτον πόλεμον, ó, 5, 26, τὸν δεκαετῆ, con la paz de Nicias, y comenzar la exposición de ésta inmediatamente después de su conclusión. De tal suerte, la redacción de la *Historia* de Tucídides hasta la mitad del libro IV, coincidiría con el destierro del autor. La reanudación de las hostilidades sorprendió á Tucídides, y decidióse á aguardar allí la terminación de la nueva guerra; solo después de diez ú once años, que transcurrieron hasta el regreso del gran historiador á Atenas, reanudó éste el hilo de su trabajo, para consagrar al mismo los últimos años de su vida. Sólo se diferencia de ésta en pormenores insignificantes, la opinión de Steup, *Quaestiones Thucydideae*, Bonn, 1866. También debe verse la disertación de Czwiklinski, *De tempore quo Thucyd. priorem historiae partem composuerit*, Gnesnae, 1873, y en el HERMES, vol. 12, p. 23 y ss., y el trabajo de Wilamowitz, *Die Thukydides Legende*, en el HERMES, vol. 12, p. 337 y ss.]

<sup>5)</sup> Véase Tucídides, 1, 13, 93, 2, 65, 5, 26. El tono de algunos pasajes, revela claramente que el historiador escribía en la época de la nueva hegemonía espartana. Esta observación es sobre todo aplicable al pasaje 1, 77: ὅμεις γ' ἄν οὖν εἰ κατελόνητες ἡμᾶς ἄρξαιτε, etc.

nosotros, no estaba terminado ni reproducido por los copistas cuando murió Tucídides, y que fué agregado por la hija del historiador ó por Jenofonte. Mas sea de ello lo que quiera, la verdad es que tal testimonio no autoriza duda alguna sobre la autenticidad de este libro; si no que, á lo sumo, explicaría ciertas desigualdades en la composición, por no haber podido dar el autor la última mano á esta parte de su obra <sup>1)</sup>.

Imposible es hoy, ciertamente, inquirir de qué manera Tucídides recogía, comparaba, examinaba y ordenaba sus materiales, porque la tradición oral de aquel tiempo se ha perdido <sup>2)</sup>. Pero si la perfecta claridad de la narración, la conformidad de unos pormenores con otros y de todos ellos con la situación coetánea de las cosas, que conocemos por otros testimonios; y finalmente, la completa armonía de lo relatado con las leyes de la naturaleza humana y con el carácter de las personas que en aquellos acontecimientos tuvieron parte, constituyen una garantía de la verdad y fidelidad históricas, esta garantía la encontramos en su más alto grado en el gran historiador de Atenas. Los antiguos, severísimos al juzgar á sus propios historiadores y que negaron la veracidad de los más de ellos, reconocen unánimemente la veracidad y exactitud de Tucídides; el mismo Dionisio de Halicarnaso, que censura el estilo y el plan de su obra según las ideas de los retóricos de la decadencia, hace justicia á su propósito firme de decir siempre la verdad <sup>3)</sup>; y hasta la peregrina ocurrencia de censurar el asunto por demasiado triste y porque con tal elección no pudo contribuir á la gloria de sus compatriotas, se torna, bien mirada, en elogio de la rigurosa veracidad del historiador. Hasta los puntos en que disienten de Tucídides los historiadores posteriores, singularmente Diodoro y Plutarco, vienen á confirmar la

<sup>1)</sup> Sobre los discursos que faltan en este libro, véase el final del presente capítulo. [Aun la forma en que están redactadas estas noticias, parece demostrar que tenemos que habérmolas con simples conjeturas, como las que ya hemos hallado respecto de Teopompo.]

<sup>2)</sup> [La comparación del tratado de alianza celebrado por Atenas, Argos, Mantinea y Elis el año 4 de la 89.<sup>a</sup> Olimpiada, que nos comunica Tucídides, 5, 47, con el texto encontrado en una tabla de mármol, muestra numerosas variantes, de las cuales, según Kirchhoff, *Zur Geschichte der Ueberlieferung des Thukydideischen Textes*, en el HERMES, 12, p. 68 y ss., debe culparse más bien á la poca escrupulosidad del copista de la *Historia*, que á su autor.]

<sup>3)</sup> *De Thucyd. iudic.*, c. 6, 1, 2. Véase Ciceron, *Brutus*, 83, § 287: *Thucydides rerum gestarum pronuntiator sincerus.*

fidelidad del maestro <sup>1)</sup>). Por otra parte, siempre que Aristófanes toca en sus comedias episodios tratados por Tucídides, lo mismo en la manera de comprender y presentar los caracteres de los estadistas que en la de describir la situación de Atenas en las diversas vicisitudes por que había atravesado, el poeta cómico y el historiador coinciden cuanto coincidir pueden el pincel atrevido del caricaturista y la pluma severa del historiógrafo. Dicho esto, preguntaremos si hay algún período de la historia de la humanidad, descrito con más claridad que el formado por los veintinueve primeros años de la guerra peloponense relatados por Tucídides, y en el cual podamos estudiar en todos sus pormenores cada acontecimiento, sus causas y razones, con la seguridad y confianza en la mano del historiador, con que estudiamos el dicho período <sup>2)</sup>. De entre las obras de historiadores romanos, sólo la *Guerra de Fugurta* y la *Conspiración de Catilina*, de Salustio, pueden ser comparadas con el libro que venimos examinando; pues lo que se ha conservado de la historia contemporánea de Tácito, las *Historias*, aunque igualmente completa por lo que toca á los pormenores, es inferior á la obra de Tucídides en la claridad de la exposición. Tácito pasa de un acontecimiento que conmueve y habla al sentimiento, á otro de la misma naturaleza, sin ocuparse gran cosa del encadenamiento de los sucesos <sup>3)</sup>. La historiografía moderna debe tomar por modelo esta *trasparencia* de la exposición del gran historiógrafo ateniense; pero no ha de serle posible conseguir igualarla, por oponerse á ello obstáculos tan grandes como la distinción entre el saber popular y los estudios especiales <sup>4)</sup>, la compli-

<sup>1)</sup> Á pesar de seguir un sistema propio de unos anales, en la historia de tiempo transcurrido entre las guerras médicas y la peloponense, Diodoro es bastante menos exacto que Tucídides, el cual apenas si determina alguna que otra fecha. De Diodoro sólo pueden aprovecharse las fechas principales, como las de la elevación de los soberanos al trono, cambios de gobierno, fallecimientos, etc.

<sup>2)</sup> [Menos favorable, pero no más exacta que esta opinión, es la emitida por G. Grote, y posteriormente por Müller-Strübing. Véase su trabajo intitulado *Aristophanes und die historische Kritik*, p. 386 y ss.]

<sup>3)</sup> Así, es extraordinariamente difícil formarse, con la sola ayuda de las *Historias* de Tácito, idea clara y precisa de la guerra entre otomanos y vitelianos, en la Italia Septentrional.

<sup>4)</sup> Tal es lo que hoy en día haría imposible, por ejemplo, una descripción de la peste como la que hallamos en Tucídides, 2, 47-53; pues un profano en la materia no podría hacerla con el espíritu de observación y la perspicacia necesaria, y un médico no sabría hacerla tan generalmente inteligible.

cada organización de la vida moderna, y la falta de publicidad que hasta en los Estados hoy más libres, oculta al observador muchos más interesantes pormenores que en la antigua Esparta, de cuyas deliberaciones secretas se lamenta Tucídides <sup>1)</sup>.

Tucídides escribió su obra para los que quisieran conocer la verdad de lo acontecido y saber qué era lo más conveniente en los casos análogos que pudiesen ocurrir; para aquéllos, su libro puede ser objeto de constante estudio <sup>2)</sup>. En esto se descubre una tendencia á la historia didáctica, que hallaremos ya clara y patente en los últimos tiempos de la antigüedad, y para la cual el relato de los sucesos no es sino simple medio de conseguir un fin principal: la educación del estadista, del capitán, y, en general, la aplicación práctica. En este sentido, sin embargo, el estilo de Tucídides, no es didáctico por la ejecución, sino sólo por la intención; pues que, al escribir su historia, se contenta con relatar los hechos tal y como se realizaron, sin derivar de ellos máximas útiles para el estadista ó para el general.

Tucídides no habría podido nunca relatar los sucesos con tanta claridad y verdad, si se hubiera contentado con transcribir lo que podía saber de labios de testigos presenciales <sup>3)</sup>, y limitándose á consignar de trecho en trecho alguna que otra apreciación personal. Toda su *Historia* ha pasado por su alma, es perfecto producto de su espíritu, y su veracidad estriba esencialmente en que con su gran ingenio y privilegiadas facultades, se encontraba en condiciones de poder reproducir en su mente las mismas ideas que animaron á las personas que tomaron parte en los acontecimientos que relata. Raras son las veces en que el historiador no indica los motivos que impulsaron á los personajes á

<sup>1)</sup> τὸ κρυπτόν τῆς πολιτείας.

<sup>2)</sup> Tal es el significado del famoso κτῆμα ἐς αἰεὶ, I, 22: no un monumento perpetuo. Tucídides opone con él una obra que debe consultarse y leerse constantemente, á una obra destinada á distraer una sola vez la atención del auditorio.

<sup>3)</sup> [Que la *Historia* de Tucídides descansa en estos testimonios en mayor grado de lo que hasta ahora se había creído, lo ha demostrado con gran habilidad Ed. Wöflin, *Antiochus von Syrakus und Coelius Antipater*, Winterthur, 1872; pues prueba que la obra de Antioco de Siracusa sirvió de base á Tucídides para escribir todo lo relativo á Sicilia que va al comienzo del libro 6, y aún que trasladó á su *Historia* extractos literales de aquélla. Aunque sin fundarla, ya Niebuhr había emitido esta misma opinión. Antioco de Siracusa fué el primer historiador siciliano; pues Hipis de Rhegium, del cual se citan las *Σικελικά*, debe ser más bien contado entre los logógrafos.]